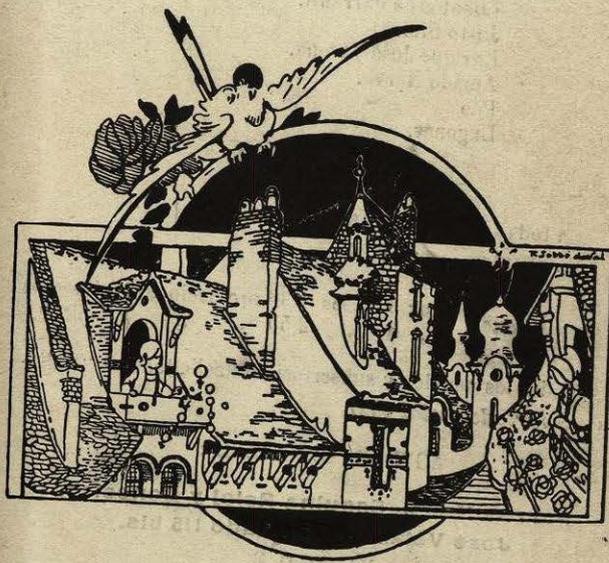


716 0711

CULTURA

CUENTOS DE ANDERSEN

ESCOGIDOS POR JULIO TORRI.



TOMO II

MEXICO

NVM 3

CULTURA

Asegurada la propiedad literaria de la selección.
Registrada como artículo de 2ª clase.

Cuadernos quincenales destinados a la divulgación de la buena literatura. Selecciones de los mejores autores.
El próximo número contendrá las mejores poesías de Manuel José Othón ilustradas por Julio Ruelas.

En preparación:

«Peter Pan» de James M. Barrie.
Ignacio Ramírez.
Guillermo Valencia.
Ibsen.
D. Juan Ruiz de Alarcón.
Cuentos de Parrault.
Justo Sierra.
Enrique José Varona.
Amado Nervo.
Poe.
Lugones.

PRECIO:

En toda la República: \$0.25 oro nacional.
En el extranjero: 0.30 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 1.30 oro nacional (sólo en la
" 6 " 2.50 " " } Capital).

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "Cultura" Apartado postal 4527.

AGENTES GENERALES:

Porrúa Hnos. Esquina Reloj y Donceles.
José Velasco, Apartado 115 bis.
México, D. F.

La correspondencia dirijase al

APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.

CVLTVRA

SELECCION
DE BVENOS
AVTORES ?

ANTIGVOS
~~Y~~
MODERNOS

DIRECTORES
AGVSTIN LOERA Y CHAVEZ
JVLIO TORRI

CUENTOS DE ANDERSEN

ESCOGIDOS POR JULIO TORRI.

Vendese en la
LIBRERIA UNIVERSAL
Manuel Yzaguirre
MONTREY, N. L.

TOMO II MEXICO NVA 3

CULTURA

SELECCION DE BUENOS
AVTORES Y MODERNOS

DIRECTOR
AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ
JULIO TORRES

CUENTOS

ANDERSEN

Diciembre 15 de 1916.

«IMPRENTA VICTORIA» .4ª VICTORIA 92.

ANDERSEN.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN, llamado «el poeta de los niños,» nació en Odense, Dinamarca, el 2 de abril de 1805. Hijo de padres pobres y humildes, no recibió desde luego una adecuada instrucción literaria. Las fábulas de Lafontaine, y las Mil y Una Noches, fueron de sus primeras lecturas.

En sus mocedades escribió algo para teatro, pero sin alcanzar en el género dramático éxitos notables. Sus primeras obras se resienten del gusto romántico de la época: *Viaje a pie del Canal de Holm a la Punta Oriental de Amager* (1829). *Fantasías y Bocetos* (1831), *Siluetas y Cuentos de Hadas* (1835). *L'Improvvisatore* (1835), *O. T.* (1836), y *Sólo un violinista* (1837), le valieron su celebridad en Europa, por sus pintorescas descripciones, impregnadas de suave sentimentalismo.

Son también interesantes sus libros de viajes: *El Bazar de un Poeta* (1842), *En Suecia* (1849), y *En España* (1860). Publicó todavía pequeñas novelas como *Las dos Baronessas* (1849) y *Ser o no Ser* (1857). En su vejez se dedicó por completo a la literatura infantil. En este género produjo Andersen bellísimas narraciones que le han ganado fama mundial e imperecedera.

Murió en Copenhague, el 4 de agosto de 1875 y en la

última parte de su vida, se vio libre de la pobreza que aqueja ordinariamente a los artistas.

Andersen era raquíptico y muy desgarbado; de nariz larga, de cuello y miembros delgados y desproporcionados, y muy presumido en el vestir. Es curioso notar que no gustaba de los niños, ni obtenía fácilmente la simpatía de éstos. Cultivó amistad con los hombres más notables de su tiempo, Thorvaldsen, Kaulbach, Ibsen, Björnson, etc.

Lo que el viento cuenta de Valdemar Daa y sus hijas está inspirado en tradiciones populares dinamarquesas y en la historia de la mansión señorial de Borreby en el Skjelskor. Los daneses aseguran que el lenguaje de esta narración tiene algo de lo fugitivo y sonoro del viento.

Es certísimo..... El Caracol y el rosal y lo que el viento cuenta de Valdemar Daa y sus hijas están traducidos directamente del danés por Carlos S. de Tejada. *O. T.* fué vertido del inglés por un amigo nuestro. *Nicolasín y Nicolason* (respetamos los nombres de la traducción castellana), ha sido trasladado a nuestra lengua, como muchos otros cuentos de Andersen, por anónimo autor.

Recomendamos a nuestros lectores la *Vida de Andersen*, de R. Nisbet Bain, (Nueva York, 1895).

EL CARACOL Y EL ROSAL.

Alrededor del jardín había un seto de avellanos y fuera el campo con sus vacas y cabras; pero en medio había un rosal en flor, y a su pie rastroaba un caracol.

—Esperad que mi día llegue—decía.—Entonces haré algo más que dar rosas, avellanas o leche como las vacas y las cabras.

—Yo espero mucho de usted—le respondió el rosal.—Pero ¿me atreveré a preguntar cuándo será eso?

—Yo me tomo mi tiempo. Usted tiene demasiada prisa.

I.

Un año después el caracol tomaba el sol casi en el mismo sitio que el año anterior, y el rosal, lleno de botones, daba otra vez más rosas, siempre nuevas y frescas.

El caracol sacó la mitad del cuerpo fuera de

la concha, alargó los cuernos y los volvió a enco-ger.

—Lo mismo que el año pasado. No se ha adelantado un paso. El rosal continúa con sus rosas; no da más de sí.

Pasó el verano y llegó el otoño.

El rosal aún tenía rosas y botones, cuando le sorprendió la primera nevada y los días fríos y húmedos. Entonces dejó caer sus ramas, y el caracol desapareció en la tierra.

II.

Vino otro año, y las rosas volvieron a florecer y el caracol a sacar los cuernecillos.

—Ahora es usted un rosal viejo—le dijo—que pronto se secará. Ha dado usted al mundo todo lo que ha podido. Si ha sido algo útil, eso es otra cuestión de la que no tengo tiempo en ocuparme. Pero es cosa evidente que usted no ha hecho nada por su desarrollo intelectual; si no, otra cosa hubiera sido. ¿Entiende usted lo que le estoy diciendo?

—Me asusta usted—respondió el rosal. Nunca he pensado en eso.

—Eso es una verdad; usted ha pensado poco. ¿Se ha dado usted cuenta, siguiera alguna vez, de por qué florecía y cómo florecía? ¿Por qué así y no de otro modo?

—No—dijo el rosal.—Floreí en la alegría, porque no podía menos. El sol era ardiente, el aire muy puro; bebía el rocío transparente, y la lluvia sacudía con fuerza mis hojas; respiraba y vivía. Sentía una fuerza de la tierra, sentía una fuerza de allá arriba, una felicidad siempre nueva, siempre grande, y por eso tuve que florecer: era mi vida y no podía menos.

—Ha llevado usted una vida muy cómoda.

—Sin duda. Todo me ha sido concedido. Pero cuán mejorado ha sido usted, que es uno de esos seres profundos y pensadores, uno de esos talentos que han de admirar al mundo.

—No será esa mi intención; porque a mí ¿qué me importa el mundo? ¿Qué tengo yo que ver con él? Tengo bastante con mí mismo.

—Pero, ¿no debemos todos en la tierra dar nuestra mejor obra y ofrecer a los demás lo que podamos? Yo sólo he dado rosas; pero usted, usted que tanto recibió de arriba, ¿que dió al mundo o que le dá?

—¿Qué le di? ¿Qué le doy? Me río yo del mundo. No sirve para nada, ni me importa que no sirva. Eche usted rosas, ya que no puede hacer otra cosa; dejemos a esas plantas dar nueces y a las vacas y a las cabras leche. Esas tienen su público. Yo tengo el mío en mí mismo y así estoy bien. El mundo poco me importa.

Y el caracol se metió en su concha y cerró la puerta.

—¡Qué pena!—pensaba el rosal.—Con la mejor voluntad no puedo concentrarme en mí mismo; tengo siempre que salir, que brotar en rosas.

Mis hojas se caen y el viento se las lleva...; sin embargo, una de mis flores la he visto poner en el libro de misa de mi ama, otra se la prendió una mujer en el pecho, y la otra la besó un niño en santa alegría. Esos son mis recuerdos, esa es mi vida.

Y el rosal siguió floreciendo en su inocencia, y el caracol arrastrando su casa por la tierra, sin preocuparse para nada del mundo.

Pasaron años.

El caracol es tierra en la tierra, el rosal, tierra en la tierra; también la rosa del recuerdo, la del libro de misa ha pasado.... pero en el jardín florecen nuevos rosales, y a su pie se arrastran otros caracoles, que se meten en su casa sin preocuparse del mundo.

III.

¿Empezamos otra vez el cuento?

Porque siempre ha de ser el mismo.

ES CIERTISIMO. . . .

—Es una historia horrible—dijo una gallina, y esto en el extremo de la ciudad donde la cosa no había pasado. Es una historia horrible. Yo no me atrevo a dormir sola esta noche. Gracias que en el gallinero somos muchas. Y empezó a contar, hasta que a las otras gallinas se les pusieron las plumas de punta y el gallo dejó caer la cresta.—Es ciertísimo....

Pero nosotros empezaremos por el principio, que fué al otro extremo de la ciudad, en un gallinero. Caía el sol y las gallinas se encaramaban en sus cañas. Una de ellas (blanca de pluma y paticorta, que ponía diariamente su huevo reglamentario y era, como gallina, respetable en todos sentidos), al saltar a su caña se rascó con el pico y perdió una pluma.

—Ahí va—dijo,—cuantas más me quite, más hermosa me he de quedar.—Lo dijo en broma, era la graciosa de la partida; por lo demás, como ya he dicho, muy digna. Y se durmió.

El gallinero estaba a oscuras. Junto a una gallina otra, y la más próxima estaba despierta. Oía y no oía, como hace falta en el mundo para vivir en paz con todos; pero no pudo menos de decírselo a su otra vecina.

—¿Has oído lo que han dicho aquí? No nombro a nadie, pero hay una gallina que se quiere pelar para parecer mejor. Si yo fuera gallo la despreciaría.

Y encima, encima del gallinero, había una lechuza con el mochuelo y las crías. Toda la familia era fina de oído, y como no perdieron palabra, empezaron a revolver los ojos dentro de sus órbitas y la madre a sacudir las alas.

—No escuchéis esas cosas. Pero ya estaréis enteradas seguramente. Yo las he oído por mis propios oídos, y muy hechas deben estar e enormidades, cuando no se me caen. Hay una gallina, que hasta tal punto se ha olvidado del propio respeto, que se está pelando pluma a pluma y deja que el gallo la vea en esta faena.

—*Prenez garde aux enfants!*—dijo el buho padre,—no es cosa para las chicas.

—Sin embargo, quiero contárselo a la de enfrente. Es un buho tan mesurado en su trato... y la madre salió volando.

—¡Yu, yu, yuyú!—cuchichearon las dos junto a la puerta del palomar;—¿Lo ha oído usted? ¿Lo ha oído usted? Yu, yu. ¡Hay una gallina que se

ha pelado por el gallo! Y se está helando, si no está ya. ¡Yu, yu!

—¿Dónde? ¿Dónde?—preguntaron las palomas.

—En el patio de al lado. Casi se puede decir que lo he visto yo misma. Es una historia que casi no se puede contar; pero es ciertísima.

—Palabra por palabra, tal como lo contamos, dijeron las palomas en su gallinero.—Una gallina, y hay quien dice que dos, se han pelado pluma a pluma, para distinguirse de las demás y llamar así la atención del gallo. Es un juego peligroso, en el que se arriesga un catarro y morir de fiebre, y han muerto las dos.

—¡Arriba! ¡Arriba!—cacareó el gallo poniéndose de un vuelo en la tapia. Aún le pesaba en los ojos el sueño; pero sin embargo, él cacareaba: «¡Han muerto tres gallinas de amor desgraciado! Se han arrancado todas las plumas. Es una historia fea, con la que yo no me quiero quedar. ¡Que corra! ¡Que corra!»

—¡Que corra!—silbaron los murciélagos, cloquearon las gallinas y cacarearon los gallos,—¡Que corra! ¡que corra!—Y así, de gallinero en gallinero, volvió la historia hasta el sitio de donde había partido.

—Cinco gallinas—se decía ya—se han pelado para mostrar cuál de ellas se había desmejorado más por amor al gallo, y luego se han picado has-

ta matarse, para escándalo y vergüenza de su familia y gran pérdida para el dueño.

Y la gallina de marras, a la que se la había caído una sola pluma insignificante, como era natural, no reconoció su propia historia. Y como era una gallina honrada, dijo:

—¡Esas desgraciadas me inspiran desprecio! ¡Pero hay muchas como ellas! ¡Semejantes vergüenzas no deben callarse, y yo tomo sobre mí, el que esa historia salga en los periódicos y recorra todo el País como lo han merecido esas gallinas y hasta su familia!

¡Y salió en los periódicos y así se imprimió, y esto es *ciertísimo*, que una triste pluma puede convertirse en cinco gallinas!

LO QUE EL VIENTO CUENTA DE VALDEMAR DAA Y SUS HIJAS.

Cuando el viento pasa por las praderas, la hierba ondea como una cinta; si corre sobre el trigo, entonces le agita como un mar. Es el baile del viento. Pero escúchale contar sus historias: las canta y no suena igual al través del bosque, que cuando silba en las grietas, encinas y ventanas del antiguo castillo.

Mírale reunir las nubes en el cielo como si fueran un rebaño de ovejas. Oye cómo suena al pasar la puerta, como si un centinela tocara el cuerno. ¡Qué extrañamente silba en la chimenea, baja hasta el hogar, hace chisporrotear la leña y levanta una llama que ilumina todo el cuarto! Allí, abrigado y cómodo, gusta de oírle.

Déjale contar. Él sabe más cuentos y aventuras que todos nosotros. Óyete, ahora empieza!

¡Huid! este es el estribillo de su canción.